

Adiós a Alberto J. Pla (1926-2008)

por Cristina Viano

Universidad Nacional de Rosario

El domingo 10 de agosto murió en Rosario nuestro maestro, colega y amigo Alberto J. Pla. No resulta una tarea sencilla escribir sobre él, sobre su vida, sobre las enseñanzas que nos legó. Lo conocimos y comenzamos a compartir con él en la nueva y esperanzadora etapa que se inauguraba después de la última dictadura militar; éramos por entonces ávidos/os estudiantes de historia con tensiones inconformistas, y nos acercamos a Alberto que volvía al país luego de un exilio que lo había llevado por Venezuela y México, con la intención de aprender, de formarnos con él. A ello nos había animado principalmente la lectura de las colecciones que en los años '70 había dirigido en el Centro Editor de América Latina; la *Historia del Movimiento Obrero* y la *Historia de América Latina en el siglo XX*, y que habían vuelto a venderse en los kioscos de diarios cuando finalizó la dictadura militar. Su presencia generó un fuerte y sostenido impacto en la carrera de Historia y en la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR; impacto académico y político.

Se había recibido en la Universidad de la Plata en 1955 y comenzado inmediatamente una intensa carrera donde conjugó su pasión por la historia con la militancia política en la filas de distintos grupos trotskistas (hasta mediados de los años '60); desde entonces se mantendría como un intelectual marxista aunque sin participar de ninguna organización. Formó parte de la mítica cátedra de Historia Social que dirigía José Luis Romero en la Universidad de Buenos Aires y se desempeñó como profesor en distintas universidades: Litoral (luego Rosario), Bahía Blanca y Salta –donde organizó la carrera de historia en los '70–; la historia social latinoamericana y la teoría marxista fueron constituyéndose como sus principales preocupaciones.

Si bien al regreso del exilio, Rosario y Buenos Aires fueron los dos lugares donde desempeñó su labor docente y de investigación, eligió radicarse en Rosario, donde concursó a mediados de los '80 la titularidad de la cátedra de Historia de América Contemporánea que ejercería durante más de 20 años, también fue director de la Escuela de Historia entre 1990 y 1994. En los desolados años '90 estimuló la creación de espacios para dar una batalla política y académica contra el “fin de la historia”, el Centro de Estudios de Historia Obrera, un emprendimiento llevado adelante con colegas de las universidades de Buenos Aires y Rosario, también impulsó la realización de dos multitudinarias Jornadas sobre pensamiento y perspectiva del Socialismo.

En su itinerario publicó numerosos libros; *América Latina Siglo XX, economía, sociedad, revolución* (1969), *La burguesía nacional en América Latina* (1971), *Ideología y método en la*

historiografía argentina (1972), *Modo de producción asiático y las Formaciones económico-sociales inca y azteca* (1979), *La Historia y su método* (1980), *La Internacional comunista y América Latina* (1996) y *América Latina, mundialización y crisis* (2001) son sólo algunos; pero si bien trazar su retrato intelectual puede ser importante y a favor de él las obras que nos ha dejado, ello sería incompleto si no destacáramos algunas de las improntas más sobresalientes de quien contribuyó a formar a tres generaciones de historiadoras/es. Fue un maestro poseedor de fuertes convicciones personales, pero ello se conjugaba con una horizontalidad y apertura en la formas de funcionamiento colectivo que proponía muy inusual y estimulante. Nunca eludía las tomas de posición en un universo intelectual donde la primera persona ha sido prácticamente erradicada, desde su posición de historiador inserto en las estructuras universitarias cuestionaba la ambivalencia y el no compromiso, la ideología de la competencia que anida en el que solo se rebela cuando considera que no recibe lo suficiente por sus diplomas, la cultura academicista supuestamente aséptica e incontaminada. Nunca se cansó de repetir y repetirnos que las formas de nombrar al mundo implican una toma de posición y también que el intelectual que se aísla de las luchas sociales queda restringido a una “*insurrección del pensamiento que puede ser intelectualmente importante pero al fin y al cabo resulta inoperante*”.

Alberto nos propuso una actitud de coherencia intelectual y de vida que no deberíamos abandonar ninguno de los que como él creemos que no debemos resignarnos ante un orden social que no es natural, que no es “insanable”, que es histórico y que hace imprescindible la rebeldía social que nos aleje de los límites de un mundo crecientemente intolerable para las mayorías, de la inestabilidad incurable del sistema que nos lleva “*de la crisis al ajuste y del ajuste a la crisis*” pero que como nos recordó en su conferencia del 2005 (donde en las Jornadas Interescuelas de Historia recibió su merecido homenaje en la Universidad Nacional de Rosario) “*la necesidad ineludible de recuperar la esperanza como respuesta a la desazón y la desesperación social propia del sistema, y esa esperanza es para nosotros (dice) el socialismo que imaginamos en el horizonte futuro, aunque la imagen sea borrosa y siempre sujeta a nuevos enfoques*”, “*no podemos dejar de plantearnos hacia donde vamos; descartar la autodestrucción del sistema, las supuestas bondades de un capitalismo ahora con fachada humana. Ya hay demasiados posibilismos en la vida actual y defensores de un cambio de maquillaje para que nada cambie. El sistema es cada vez más un aparato de destrucción masiva de la sociedad, del medio ambiente, y de la vida. Yo hago mi apuesta a una sociedad en transición al socialismo donde vayan desapareciendo la explotación, el hambre, la acumulación de capital y la destrucción asesina de la vida misma en el planeta*”.